

## Comentario al evangelio del miércoles, 8 de julio de 2020

Queridos hermanos:

En el corazón de la relación de Dios con su pueblo, que las lecturas de esta semana nos están invitando a contemplar, hay una elección vivificante: Dios nos elige para salvarnos. A veces dicha elección nos sitúa en primera línea de combate, al frente de nuestra familia, de nuestra comunidad; otras, nos deja en un plano más discreto, en el que ir caminando poco a poco con el Señor adonde Él quiera conducirnos. Pero siempre nos llama Dios, estemos donde estemos, para recrear el vínculo de amor que nos une a Él y que nos salva.

Las lecturas de la liturgia de este día dibujan para nosotros dos paisajes distintos con un horizonte común. El evangelio de Mateo relata sucintamente la elección de los Doce, esa mirada singular de Jesús sobre algunos de sus amigos que los convirtió en partícipes de su vida y misión, también en lo referente al pastoreo del pueblo de Dios (en el mejor sentido de esta expresión). Se trata de un momento primaveral y expansivo en la historia del discipulado. La profecía de Oseas, por su parte, describe un panorama muy distinto, mucho más decadente y oscuro. «Israel era una viña frondosa y daba fruto», pero ahora «cardos y abrojos crecen sobre sus altares». ¿Qué hacer cuando el seguimiento del Señor se vuelve amargo, por nuestra propia caída o por las caídas ajenas? ¿Acaso entonces decae la elección de Dios sobre nosotros?

En absoluto. Su llamada nunca se retira, aunque a veces para vivirla haya que retirarse un poco. Esto es precisamente lo que, con una gran belleza y mayor paciencia, Yhwh pide a su pueblo cuando entiende que tiene el corazón dividido y arrasado: «Sembrad justicia y cosecharéis misericordia. Roturad un campo, que es tiempo de consultar al Señor, hasta que venga y llueva sobre vosotros la justicia». A veces, por su gracia, el Señor nos elige para ser, en un momento dado, pregoneros y abanderados de su Reino, como los Doce. Sin embargo, son muchas más las ocasiones en que nos llama sencillamente para sembrar y aguardar, para trabajar y orar, para estar pacientemente a la escucha de su Palabra y a la espera de su misericordia. Sea cual sea hoy nuestro discipulado y nuestra misión, busquemos el rostro amoroso del Señor: que su elección sobre nosotros no sea nunca en vano.

Fraternalmente:

Adrián de Prado Postigo cmf

Adrián de Prado, cmf

---

Publicado en Ciudad Redonda  
[www.ciudadredonda.org](http://www.ciudadredonda.org)